

Historias de lectura...
historias de vida



Primera edición: 2003

Producción: CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA
Y LAS ARTES

Dirección General de Publicaciones

Coordinación: Ana Arenzana

© Carmen Carrara García, María Luisa Escobar Rodríguez,
Olivia Escorza Rodríguez, Marina Isabel Huerta Parra,
Jéssica Lugo Juárez, Manuel Matus Manzo, José Meza
González, Maya Lorena Pérez Ruiz y Lucila Rivera Rincón
Gallardo

© Asociación Mexicana de Promotores de Lectura, A.C.
(AMPLAC) por ocho títulos

Imagen de portada: Alberto Durero, Adán y Eva, grabado,
Madrid, Museo del Prado

Foto: Archivo Webmuseum, París

D.R. © 2003, de la presente edición
Dirección General de Publicaciones
Calz. México Coyoacán 371
Xoco, CP 03330
México, D.F.

Las características gráficas y tipográficas
de esta edición son propiedad de la Dirección
General de Publicaciones del CONACULTA

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendi-
dos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la graba-
ción, sin la previa autorización por escrito del Consejo Nacional para la
Cultura y las Artes/Dirección General de Publicaciones.

ISBN 970-35-0230-X

Impreso y hecho en México

CONACULTA
SECRETARÍA DE CULTURA Y ARTES

Reescribiendo desde la memoria

Angélica Jiménez Robles

Habían llegado las añoradas vacaciones; desde hacía semanas estaba planeando pintar la recámara de los niños, es un cuarto grande y en una de sus paredes está pintado un búho, recuerdo de mi adolescencia. Todo el día estuve pintando, de reojo veía a mi padre acostado en otra recámara, en una orillita de la cama, silencioso como si no estuviera presente. Cerca de las seis de la tarde terminé de pintar y empecé a bañarme, apenas estaba disfrutando del agua caliente cuando mi madre tocó la puerta del baño, muy angustiada me dijo que me saliera rápido, porque mi papá se sentía mal. Me vestí inmediatamente, tenía una gran mata de cabello negro que caía sobre la espalda, lo até con una liga en una apretada cola de caballo; cómo iba a saber que sería la última vez que me peinaría en mucho tiempo.

 Mi padre estaba como inconsciente. "Mamá, vamos a llevarlo a un hospital", dije asustada. Mi esposo, quien es un hombre muy fuerte, lo cargó hasta la clínica 10 del Seguro Social; ahí tardaron un buen rato en atenderlo, ya que lo revisaron dijeron que le habían tomado un electrocardiograma y que su corazón estaba bien, pero que tenía un problema en el estómago y que como no le correspondía esa clínica lo trasladarían a "los Venados" donde deberían atenderlo. Estábamos indecisos, le llamamos a Juanita, la cardióloga particular que lo revisó ese mis-

mo día en la mañana; nos aconsejó que dejáramos que lo trasladaran, que sólo le iban a hacer estudios y que saldría en unas horas. Aceptamos que lo hicieran, fui con él en la ambulancia, estaba muy raro, parecía que no me reconocía, se rascaba la cabeza. Yo le decía: "Espérate, papá, tienes una sonda en el brazo", él continuaba rascándose con ansiedad. Llegamos a los Venados y vi como un camillero se alejó con él tras de una puerta sin vidrios.

Nos sentamos en las bancas a esperar que nos dieran informes, estaba lleno el hospital. Me sentía tranquila, pensaba que sólo estaríamos unas horas hasta que le hicieran los estudios. Empecé a recordar sucesos; había tantos pasajes inolvidables, como cuando cumplí once años y mi papá me llevó a un acuario que estaba enfrente del mercado Hidalgo; con un tono muy decidido le dijo al que atendía el local: "Cuéntele a esta niña cien peces de colores, porque hoy cumple once años y es su regalo". Uno a uno los fue sacando y poniendo en una bolsa de plástico llena de agua color azul. En otra ocasión le pedí que me comprara muchas bolsas de dulces porque quería poner un puesto en la calle; en esa ocasión fuimos al mercado de La Merced, yo escogía los dulces y él iba pagando. Saqué una mesita a la calle y acomodé la mercancía, lo mismo hice toda la semana. Cuando llegó el domingo le dije a mi papá que me llevara a La Merced a comprar más, porque ya casi se habían acabado, me preguntó: "¿Cuánto dinero has reunido?" Yo tenía ocho años, estaba muy consentida, como respuesta le contesté que no todos los había vendido porque muchos me los había comido y que me siguiera prestando dinero para comprar los dulces porque sólo tenía siete pesos. Varias semanas más estuve entre comiendo y vendiendo dulces y varias semanas mi papá financiaba mi fallido negocio.

En otra ocasión quise tener un criadero de conejos; unas gallinas que tuvieran pollitos; un perrito que encontré en la calle o unos ruidosos periquitos australianos. Mi padre me cumplió todos mis sueños. Anécdotas de mi padre hay muchas, como cuando atravesó nadando la laguna de Catemaco o cuando le regaló a una de sus hermanas su casa, aun cuando él se quedaría sin nada. Mientras invertía el tiempo de espera en recordar, miré hacia abajo y vi el suéter que traía puesto, tenía muchos años conmigo, ya casi lo había olvidado; era un suéter peruano que había comprado en Coyoacán, se le perdió un botón, le platicué a mi papá que ya había buscado el repuesto y que no lo había. Unos días después me dio el suéter con todos los botones iguales, él los había construido con huecitos de chabacano, les había hecho los hoyitos con el taladro y los había barnizado; era su forma de resolver los problemas. Tenía rato que caían lágrimas de mis ojos, las limpié con la manga de mi suéter, pensé que eran las últimas de esa noche.

Después de un rato escuchamos "familiares de Luis Jiménez"; entró mi mamá, volvió a salir la enfermera y llamó a las demás personas que venían con Luis Jiménez. Entramos a un cubículo pequeño, vi en el rostro de mi madre un gesto que no conocía, el médico dijo: "Su papá está muy grave, hace unos momentos entró en estado de coma, estamos haciendo todo lo posible por ayudarlo, vamos a entubarlo, tiene el intestino perforado". Pidieron que estuviera junto a él un familiar; mis hermanos dijeron que entrara yo. Lo vi desde lejos, no pude acercarme, tenía miedo; había alrededor tres médicos, tenía varios catéteres pegados a su pecho. Un médico se acercó y me preguntó: "¿Es familiar del señor?", contesté que sí. "Venga para acá", dijo. Lo seguí al mismo cubículo donde todavía estaban mis hermanos y mi mamá. El médico

dijo con voz suave: "El señor acaba de tener un paro cardíaco, no se pudo hacer nada por él, ya murió".

Besé su pecho, todavía estaba caliente, tenía puestos unos aparatitos, se los quité, mi madre le cerró los ojos. Pasamos varias horas llorando junto a él, los médicos y enfermeras nos veían de lejos, no se atrevían a acercarse. Ya había amanecido y no podíamos separarnos de él; llevábamos toda nuestra vida mirando con sus ojos. De los Venados al velatorio no sé cómo llegamos, ni quién hizo los arreglos, ni quién le llamó a tanta gente. Estábamos llorando junto a él, pero ahora era a través de un vidrio, ya no lo podía tocar, ni besar su pecho, ni sentir sus cejas pobladas.

La mamá de un amigo se acercó y me dijo: "Estás muy tiernita para el dolor, se ve que nunca has sufrido". Realmente no conocía el dolor, me llegó de golpe y con toda su fuerza. No sabía que tanto dolor pudiera caber en una sola persona; si tan sólo hubiera tenido el consuelo de la vida eterna; si tan sólo hubiera podido rezar, si hubiera podido creer que algún día lo volvería a ver.

Pasaron varios días y lloraba como cuando estaba besando su pecho en los Venados, me dolían los ojos y la frente de tanto llanto, caminaba desesperada por la recámara gritando, apretando los dientes y los puños. Dejé de comer, bajé varios kilos en unos días, me acostaba en la cama en posición de feto y me tapaba la cabeza con las cobijas. Mis hijos lloraban a ratos junto a mí y al rato jugaban en el patio. Mi madre no quiso regresar a la casa en la que vivió con mi padre durante cuarenta años de matrimonio. Me sentí huérfana, y sin ganas de vivir. Odié, odié a todos los que rezaban y encontraban consuelo; a todos los señores de la misma edad de mi padre que caminaban felizmente por la calle; a la gente que reía; a la que comía un helado; a la que cantaba y a la que vivía.

Desde aquella tarde me amarré el pelo con una cola de caballo, no volví a peinarme, tenía bolas en la cabeza, todo el pelo lo enrollaba en una liga para no dar tan mala impresión. Comía y bebía poco, sólo pan, alguna fruta o agua; así pasaron varias semanas. Regresó mi mamá a la casa, quería estar todo el tiempo junto a ella, tenía miedo de perderla.

Tuve que ir a trabajar, con pocas ganas y sin hablar con nadie; cuando regresaba casi olvidaba que él ya no estaba y esperaba verlo como siempre sentado junto al barandal y preguntándome “¿Cómo te fue?” Le gustaba que le contestara “Bien”, así le respondía siempre.

Mis verdaderas amigas las cuento con una mano y todavía me sobran dedos. Una tarde llegó una de ellas y de las más queridas, me dijo: “Te traje estos libros para que te despejes un poquito”; libros, esa palabra siempre acompañó mi vida, desde la infancia tuve un ambiente lector. A los ocho años compré con mis ahorros mi primer libro, *Poesía* de Antonio Plaza. Mi madre contaba con emoción los maravillosos libros que había leído en su juventud; mi abuelo, un indígena zapoteca, tenía como mayor orgullo ser el único que había sabido leer en su regimiento durante la época de la Revolución, y mi bisabuela Toñita era considerada a finales del siglo XIX como una señorita rica y no por tener dinero, sino por haber sido la única de su pueblo que fue a estudiar a Jalapa y que terminó la primaria. Mi padre estudió leyes, pero nunca le gustó esa carrera, él tenía dos pasiones: componer máquinas y la literatura; leía, escribía cuentos y componía canciones que cantaba con muchas ganas y mala voz. El último libro que leyó fue una versión antigua de *El maravilloso viaje de Niels Holgersson a través de Suecia* de Selma Lagerlöf, que compré en un mercado de libros usados.

Libros, estaban por montones a mi alrededor y no había pensado en ellos, en que me pudieran dar algún consuelo, en que pudieran acompañar mi orfandad. "La verdad no tengo ganas de leer, Lulú", le dije como disculpándome. "De todas maneras te los dejo, a lo mejor te animas", me contestó. Pasaron unos días y me animé, el primer libro que leí fue de Marcela Serrano, *El albergue de las mujeres tristes*. Un par de días después, como que había tomado fuerza, fui al salón de belleza, me senté frente al espejo y no me reconocí; me recargué en la silla buscando consuelo. Doña Luz, la señora de la estética, quien tiene muy mal carácter pero muy buena mano, me dijo: "Qué traes en la cabeza, no puedo ni meter el peine"; sólo le contesté: "Hace poco murió mi padre", no dijo nada, sólo cortó las bolas de mi cabeza. Me dejó peloncita, hizo un gran esfuerzo para que no se vieran los huecos donde se me había caído el cabello.

Continué leyendo, pero ahora opté por mis amigos preferidos: Rulfo, el Gabo, Fuentes, Rosario Castellanos, Mastreta, Saramago, Sábato y Dostoievski. Un día me sorprendí riéndome con muchas ganas al lado de otro buen amigo: Ibarguengoitia. El humor, bálsamo que cura las más profundas heridas, empezaba a hacer su trabajo.

Hay quien dice que leer es una forma de vivir, yo creo que leer puede ayudarnos a sobrevivir, puede adormecernos los sentidos evitando que el dolor nos deje morir. Al menos, eso me pasó a mí. No hay una cura para el dolor de perder a un padre, ya pasaron tres años y casi a diario me acuerdo de él, muy a menudo lo extraño, lloro ya no como antes, con un sonido que salía de mis intestinos, pero sí un llanto amargo y dócil. Creo que ir al panteón es como un termómetro que mide el dolor, al principio las visitas son extraordinariamente dolorosas, al pasar de los años siguen doliendo pero ahora puedo

platicar con mi padre como si fuera un amigo al que visito en su casa.

Dicen que el mexicano se ríe de la muerte, eso es ficción, yo no creo que sea así, en la vida real el dolor ciega, mata las ilusiones, alimenta el odio y el rencor. Pero al final y muy al final, me parece que la muerte enseña, ¿a qué?, a valorar la vida, a saborear una fruta, a admirar la naturaleza y a aprovechar lo que se tiene en cada momento.

Pasaron algunos años y me volví a enfrentar a un dolor parecido a la muerte: el desamor; sufrí porque el desamor es otro tipo de muerte. Pero a diferencia de aquella vez, no tuve que esperar tanto tiempo para acercarme a mis amigos, aquellos que siempre me han acompañado y aconsejado sabiamente: los libros. Cada vez procuro ampliar mi círculo de amigos escritores, compañeros fieles que me acompañan a todas partes. Una autora que ya considero mi amiga personal aunque todavía no la he leído es Selma Lagerlöf, con *El maravilloso viaje de Niels Holgersson a través de Suecia*: el último libro que leyó mi padre.